

## Susan Nash. Renovar la piel

Javier Hernando Carrasco

La tentación del objeto incumbe con intensidad a esta artista. Por una parte, al situarse en la tradición surrealista del objeto encontrado; por otra, al recoger el sentido pictórico que le otorgó el Pop. Pero en Susan Nash se equiparan ambos sentidos, ya que la persistencia de la huella del tiempo, de la erosión física sufrida por el objeto, transferencia al propio tiempo de la de quienes fueron sus usuarios, queda eliminada por medio de una nueva cobertura proporcionada por la intervención pictórica sobre el mismo, permaneciendo no obstante su estructura inmutable, incluso diría que reafirmada, como si la volumetría, la acentuación de su silueta, es decir la reafirmación de su unidad, suplantara la definición de sus pormenores. Fijar la imagen de una vez por todas. Por otra parte, la entidad tridimensional del objeto no resta valor a la condición pictórica del mismo. Sin embargo, no se trata en ningún caso de la integración irónico a lo Bertrand Lavier, sino de una transformación cromática en aras de su conversión en soporte metafórico: *El corazón manda*, *Vanity Fair*, *Stromboli*, *Hogar*, *dulce hogar...*

El objeto desgastado como soporte redimensionador de lo plástico. Susan Nash es una restauradora de lo deteriorado que, en una operación que sería considerada aberrante en el tratamiento de los objetos artísticos, transforma su piel y por tanto su significados originales. El objeto se impone no obstante; el poder de su fisonomía, que la artista no osa modificar, incluso en unas pequeñas adherencias, se mantiene tras la intervención. Y es en buena medida la definición formal del mismo la que marca el tratamiento cromático, ya que no sólo impone su particular arquitectura al nuevo objeto plástico sino que incluso determina el sentido del tratamiento pictórico. Así, en piezas como *Los hermanos*, la artista se limita a enfatizar las compartimentaciones con un color casi plano, mientras que en *Buzo* el gesto se impone, o en *El corazón manda* la geometría y la expresión dialogan con afabilidad. De esta manera, Susan Nash lleva a cabo una transformación del objeto muy intensa, pues más allá de la descontextualización y atribución de un nuevo significado, el reciclado pictórico borra literalmente cualquier vestigio de su pasado, con excepción de su definición volumétrica. El objeto es rescatado en un primer momento pero, tras ser sometido al citado proceso de transformación, queda convertido en un artefacto plástico diferente, queda literalmente transfigurado. Los signos de su existencia precedente son anulados, pues aquéllos se evidenciaban en las marcas de su piel. Estas alteraciones implican ciertas transferencias: del objeto de uso al objeto artístico, de la austeridad a la exuberancia, de la obsolescencia funcional y formal a la vigencia expresiva, que en realidad terminan por suplantar al objeto original al anular sus valores y disposiciones iniciales. El objeto es sacrificado en aras de su reconstitución estético-conceptual. Ahora tras esa persiana de lamas adivinamos la banalidad contemporánea, en esa pareja de columnas-caja a dos hermanos de inapelable tiesura física y quizás espiritual, tras aquellas ráfagas de líneas paralelas en *El corazón manda*, dos estados emocionales diferentes, etcétera. Las fisonomías estructurales de estos objetos encontrados orientan a la artista en su fijación de determinadas situaciones de su acontecer vital. La vida se posa en el arte.